María Zambrano: el delirio y el destino de los Intelectuales Republicanos

Mercedes Gómez Blesa

En la presentación del Simposio ya indicaba cómo el advenimiento de la Segunda República tuvo un significado más trascendental para las intelectuales que para sus compañeros varones de generación, pues protagonizaron un doble despertar: por un lado, un despertar a una nueva España, a un nuevo marco político democrático, al que han contribuido activamente en su creación; y, por otro, el despertar a una nueva identidad femenina que lleva a su máxima radicalidad el compromiso de la inteligencia con la sociedad, al reivindicar no sólo un cambio político, sino fundamentalmente un cambio social que lleve asociado una modificación de la mentalidad de un pueblo que se niega a reconocer a la mujer como un sujeto autónomo. Un testimonio privilegiado de este doble despertar que experimenta la intelectual vanguardista lo encontramos en la autobiografía novela de María Zambrano, titulada *Delirio y destino.* Escrita en La Habana a principios de la década de los 50, pero no publicada hasta el año 1989, asistimos al relato de un período de la vida de Zambrano comprendido entre 1929 y 1949 y marcado por importantes acontecimientos históricos: la caída de la dictadura de Primo de Rivera y el final del reinado de Alfonso XIII, la proclamación de la Segunda República y su posterior derrumbe, tras el alzamiento de Franco que desencadenó la terrible guerra

civil y el exilio posterior de todos los vencidos en la contienda. Esta obra es un testimonio de ese período de gran agitación política en el que la generación de Zambrano vio frustradas sus esperanzas de revitalizar el alma de España, estancada tras varios siglos de inercia. Sin embargo, el recuento que nos hace la autora de estos años no se queda en una mera enumeración de sucesos históricos, es decir, no se detiene en la superficie de la historia, sino que ahonda en la «intrahistoria», en aquello que subyace a todo suceso histórico que no es otra cosa que las secretas esperanzas que llevan a un pueblo a la acción. El hecho de que en la narración aparezcan muy pocas fechas (las justas para que el lector pueda seguir el relato) y sólo se nombre explícitamente a algunos de los intelectuales que tuvieron un papel protagonista en el desarrollo de los acontecimientos históricos (Unamuno, Ortega, Azaña) es sintomático de la verdadera intención de la autora: la de sacar a la luz los anhelos que guiaron a su generación a ofrecerse enteramente para lograr su cumplimiento, para realizar su esperanza. No nos muestra, pues, el proyecto o ideario político de estos jóvenes, sino su orografía interior: los sentimientos, a veces contradictorios, de este grupo que fue víctima de un sueño desbocado, de un desorbitado deseo de una nueva España. Nos presenta la tragedia de estos intelectuales que se inmolaron en sacrificio al Dios desconocido, al dios de la Historia, guiados por su delirio, un delirio que marcó su destino. El relato está escrito, por tanto, desde la mirada de alguien que se siente víctima de esos acontecimientos, reconstruidos desde la distancia del tiempo como un intento necesario de encontrar alguna razón justificativa del fracaso de ese momento histórico, del fracaso de esa esperanza, para poder, de esa forma, curar definitivamente la herida aún abierta. De ahí que *Delirio y Destino* pueda ser adscrito al género literario de la confesión, siguiendo la caracterización que de dicho género hace la propia Zambrano en su ensayo *La confesión: género literario y método* (1941). Allí nos define la confesión como «un método de que la vida se libre de sus paradojas y llegue a coincidir consigo misma»[1]. El que se confiesa

[1] María Zambrano, *La confesión: género literario*, ob. cit., pág. 3.

quiere ponerse en claro ante la perplejidad de su historia y, para ello, ha de expresarse, pues al hablar de uno mismo se logra con la palabra distanciarse de lo que se es, objetivarse de algún modo, para poder ya pasar a ser otra cosa. De hecho, la narración está contada en tercera persona para remarcar más ese distanciamiento con los hechos sufridos, distanciamiento que permite la propia metamorfosis. «El mostrarse abiertamente de la confesión —señala Zambrano—, es lo que verifica la conversión, lo que hace que nos sintamos desprendidos de aquél que éramos, del traje usado y gastado»[2]. Quiere verse el que se confiesa, pero, sobre todo, quiere ser visto, sentirse recogido por la mirada del otro, una mirada que, en cierta manera, salva. Esta salvación es la que busca Zambrano en *Delirio y destino*.

Los primeros capítulos del libro nos permiten recrear el Madrid de los años previos a la Segunda República como escenario donde la generación de Zambrano va dando forma a ese sueño de una nueva España. En estos capítulos nos va describiendo, por tanto, todo el proceso de movilización de estos jóvenes universitarios para derrocar la Dictadura de Primo de Rivera y la Monarquía de Alfonso XIII y las metáforas que utiliza para calificar este proceso están extraídas, precisamente, de la actividad onírica y de su contraria, el despertar, pero no como procesos opuestos, sino como complementarios: España tenía que despertar de su aletargamiento de varios siglos, sin dejar, por ello de soñarse como nación, esto es, sin dejar de creer en su proyecto futuro como un país que aspira a situarse a la misma altura que el resto de Europa. El «sueño lúcido» consiste, según Zambrano, en «despertar, sin dejar de soñarnos»[3]. Madrid se convierte en reflejo de este sueño lúcido, de este despertar:

> El cielo azul de Madrid, estaba lleno de blancas, azuladas y semidoradas nubes; de pronto habían cobrado figura; caballos, reyes antiguos, ejércitos, peleas de monstruos, allá abajo

---

[2] María Zambrano, *La confesión: género literario*, ob. cit., pág. 45.

[3] María Zambrano, *Delirio y Destino*, Madrid, Mondadori, 1989, pág. 63.

> a ras del horizonte, una guirnalda de gloria, una promesa que parecía enmarcarlo todo, sujetar cielo y tierra, comenzaba también a moverse a ir cobrando forma, a entrar en los alto del cielo cóncavo donde se movían sus mayores. Era la historia de España que se despertaba en aquella hora precisa, que se ponía en movimiento, desde el corazón y el ánimo esperanzado y enigmático, se proyectaba sobre el cielo implacablemente azul de Madrid, 1929[4].

Era la «hora de España», el momento propicio para que la nación desatara su nudo trágico, desvistiéndose de su falsa imagen oficial y asumiera una imagen verdadera de su pasado y aceptara su decadencia presente, sin autoengaños. Al igual que Edipo, quien sólo resolvió su tragedia descubriendo su auténtico ser, España también debía llevar a cabo este reconocimiento para deshacer su tragedia y lograr que su historia dejase atrás su máscara de falsos esplendores, su impostado personaje, y mostrara su verdadero rostro. En una palabra, lo que quería esta generación es que España volviera a nacer, volviera a recrearse como nación:

> Y ahora, en aquel instante, había que reconstruir la nación, recrearla. Y era ése el proceso creador que tenía lugar: la República era el vehículo, el régimen; la realidad era la Nación; la realidad se estaba recreando (...). Por eso se semejaba tanto a un nacimiento, a un inventarse a sí mismo, a la creación de una obra de arte o de pensamiento.
>
> Era el suceso histórico de levantarse a sí misma, el tomarse sobre sí, sobre su conciencia una nación constituida hacía tantos siglos, en realidad, el primer Estado moderno de Europa, para hacerse nuevamente[5].

Al mismo tiempo, *Delirio y Destino* nos narra también, de un modo paralelo, el renacimiento de la propia Zambrano, tras haber atravesado una grave crisis personal, que la tuvo apartada durante varios meses del resto de sus compañeros. Durante el tiem-

---

[4] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 27.

[5] Ibíd., págs. 175-176.

po de su convalecencia, la joven Zambrano se cuestiona su verdadera vocación, y quiere desvestirse también de todos los falsos personajes que había encarnado hasta ese momento, para encarar una vida marcada por la autenticidad. Su crisis, motivada por la pérdida de la persona amada, que le conduce a una experiencia límite de vaciamiento interior, va a ser tomada como punto de partida de una *vita nuova*. Son numerosos los pasajes de *Delirio y destino* que hablan de esta metamorfosis personal, de esta necesidad de un nacimiento a un nuevo ser, despojándose de todos aquellos personajes que le impedían alcanzar una cierta autenticidad en su proyecto como persona:

> Como estoy libre de ese ser, que creía tener, viviré simplemente, soltaré esa imagen que tenía de mí misma, puesto que a nada corresponde y todas, cualquier obligación, de las que vienen de ser yo, o de querer serlo[6].
>
> Como velos opacos con pálidas membranas había visto desprenderse de su ser lo que creía ser, de lo que estaba imbuida[7].
>
> Se había decidido a nacer, pero tendría que ir naciendo. Vivía, en realidad, un estado prenatal en el que inevitablemente había de ser presa de delirios, y recorría galerías oscuras empujando puertas semiabiertas; su pequeño ser inmóvil se desplegaba[8].
>
> Se había vaciado de sí misma y ya no se dolía; había perdido su imagen y esto era un gran descanso (...) Pero hay una imagen de sí, densa, cargada de sentimientos, casi corpórea, y si sus contornos son muy fijos, ya la imagen está en trance de convertirse en «personaje», más real que la persona misma (...)Y mientras el personaje crece y toma posesión de cuanto espacio vital le dejan sus semejantes, la persona que lo sustenta, se vuelve como un fantasma[9].
>
> Lo había descubierto así: quería ser fiel a aquella desnudez en que se vió; su verdad.

---

[6] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 29.
[7] Ibíd., pág. 32.
[8] Ibíd., pág. 35.
[9] Ibíd., pág. 37.

> Y así, descansaba de su imagen que se le había ido llenando de dolor. Ahora notaba ese dolor vago que es señal de ausencia, una especie de vacío que se hace presente[10].
>
> Vivir en la verdad (...) Basta descreerse, desinventarse, para que la vida nos invada sin tumulto[11].

La autora establece, así, un paralelismo entre el despertar de ella misma a su ser verdadero y el despertar de la nación; establece una simultaneidad de procesos: el renacer de España coincide con su propio renacer. Su destino personal queda, de este modo, imbricado en el destino de España. Es más, su tragedia personal, su desengaño amoroso, se resuelve al mismo tiempo que la tragedia de España, pues la solución que encuentra Zambrano para salir de su crisis no es otra que la de ofrecerse sin reservas, íntegramente, a la tarea de recrear otra vez España. La tarea de salvar a la nación de su decadencia se convierte en la salvación de su propia decadencia.

> ... todo lo vivido se le aparecía doliéndole, como una sola herida; no renegaba, era que no le servía; le serviría más tarde, a partir de esa decisión de ahora. Se había decidido a nacer, pero tendría que ir naciendo. Vivía, en realidad, un estado prenatal en el que inevitablemente había de ser presa de delirios, y recorrería galerías oscuras empujando puertas semiabiertas, su pequeño ser inmóvil se desplegaba[12].

Significativo es, en este sentido, el título del primer capítulo del libro, *Adsum*, que apunta hacia esa voluntad de hacer llevar la vida a su propio fundamento. El término *Adsum* puede interpretarse en un doble sentido. En primer lugar, como «hacerse presente», es decir, como actualizar aquello que verdaderamente se es, encarnar la imagen verdadera —el destino— de uno mismo. Con este primer significado, la autora hace referencia a su proceso de

---

[10] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, págs. 38-39.
[11] Ibíd., pág. 45.
[12] Ibíd., pág. 27.

metamorfosis personal antes señalado. En segundo lugar, *Adsum* puede significar «presentarse», esto es, comprometerse de una manera absoluta con la nación, ofrecerse desinteresadamente a la construcción de una nueva España, aparcando a un lado los intereses individuales:

> Comprendió que la vida, la suya habría de ser las dos cosas; ir entre lo uno y lo otro, saltando de lo uno a lo otro, ir haciéndose al mismo tiempo que se acercaba al ir haciéndose de los demás; de aquello que no era «lo demás» para ella, que no lo podría ser nunca, su «circunstancia» irrenunciable en trance de transformación: España[13].

No sólo Zambrano, sino buena parte de su generación, se sentía llamada a protagonizar este renacimiento, a cargar sobre sus espaldas el peso de esta responsabilidad. Y ello se tradujo en una gran agitación política y cultural, que se concretaría en la creación de la Federación Universitaria Española, órgano de movilización de la juventud universitaria contra la Dictadura y las numerosas reuniones clandestinas con los intelectuales de la generación anterior para intentar juntos despabilar a la España dormida. Madrid se hace eco de este despertar de la nación, de esta época de «vísperas» que anuncia la llegada de un momento nuevo, la ansiedad ante algo inédito que se manifiesta en el estallido de vitalidad cultural que la autora cree traducirse en un aumento de su luminosidad:

> Quizá fuese cosa suya, pero se la figuraba, que la luz de Madrid, diáfana y definidora, casi un milagro, era más vibrante, menos ajena a la vid humana, participante en algo de ese tono musical; quizá era simplemente que había más vida, más vitalidad y la luz se quebraba de otra manera[14].

Es el Madrid vanguardista de Dalí, Buñuel, Lorca, Alberti, Maruja Mallo, Concha Méndez, Remedios Varo, Rosa Chacel

---

[13] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 96.
[14] Ibíd., pág. 140.

que se abre a la experiencia de la modernidad con una exaltación de los últimos descubrimientos tecnológicos como el cinematógrafo, los tranvías eléctricos, el metro. La propia Zambrano nos relata en *Delirio y destino* su apasionante descubrimiento del cine:

> Fue con poca ilusión y con temor de aquel cambio que hacía hablar a las sombras, porque el cine era su arte. «Yo nací, respetadme, con el Cine», escribió Rafael Alberti por entonces. Ella lo alcanzó de mayor, era el arte de nuestro tiempo y lo amaba apasionadamente, porque era abstracto, aunque concretase; porque hacía ver, regalaba otra pupila y traía la liberación de la mirada y aún de los sueños[15].

La autora tampoco escapa a la fascinación que las máquinas ejercieron en estos jóvenes creadores, al ser consideradas el signo esencial de los nuevos tiempos. Las máquinas imprimen un nuevo ritmo a la ciudad, una nueva música que nos describe así:

> Siempre le habían atraído las máquinas porque tienen música y porque son precisas, lo uno va con lo otro. Sólo la precisión da música; música o silencio. Y así, cuando algo alcanza su perfección, sea lo que sea, tiene música. ¡Cuántas veces en el «metro», abandonándose a ese vacío, a ese correr entre muros sin imágenes, se había sorprendido escuchando un canto venido de muy lejos, como si el ruido del motor y de los vagones al deslizarse en el vacío lo revelasen, lo hicieran nacer dentro de sí misma, como si un portillo cerrado regularmente se entreabriese, una rendija en la cueva donde, máquinas, trabajan incesante las entrañas y se oyera su secreta, sorda música, mezcla de gemido y de canto gozoso[16].

Este nuevo ritmo está también presente en el bullicio de los cafés y de los teatros abiertos a los nuevos sonidos que vienen de América como el jazz y los acordes desgarrados del tango argentino:

---

[15] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 138.
[16] Ibíd., pág. 139.

> En Madrid se escuchaba ahora otra música. Siempre tuvo música la vida de Madrid, como la de otra gran ciudad. Una música mozartiana que llegaron a transcribir fielmente «algunos» maestros del llamado «género chico» en el final del siglo y a comienzos del veinte. (...) Ahora en la calle se oía lo que en todas partes: ritmos americanos, expresión de una vitalidad discontinua, cortada por la síncopa obsesionante de la música americana, tan abstracta. Y se oían tangos argentinos dulzones, y algunas canciones indígenas sonando discreta, casi tímidamente[17].

Pero no sólo en los cafés hay música, sino que la propia ciudad, al despertar de su aletargamiento, con su propio movimiento, va generando su melodía que se hace patente en signos tan simples como el andar de la gente o el hablar apresurado y jubiloso de sus habitantes. Esta nueva música se trastoca en símbolo del futuro histórico que se está gestando:

> Pero la vida misma de la ciudad exhalaba su música, un sonido que subía de tono, un tono cada vez más sostenido, una cierta melodía, un ritmo que tendía a hacerse «presto», una especie de «allegro alla marcia» que se insinuaba...
>
> Quizá sólo fueran figuraciones suyas. Mas ella lo sentía así camino de su casa a la salida del cine. No había que la acompañaran para oír mejor esa música de la ciudad[18].

Zambrano se sirve, además, para describir Madrid de metáforas marinas que remiten a la clásica simbología del mar como el elemento líquido de la historia, una historia que fluye, que no permanece estancada, sino que avanza. Este mar, como la historia, tiene sus movimientos oscilantes, sus vaivenes. Tiene sus mareas altas, esos raros momentos logrados en los que la historia sostiene sobre sus aguas a un pueblo, un pueblo que sale a flote, con la mirada puesta en el esperanzadazo futuro, y sus ma-

---

[17] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 140.

[18] Ibíd., pág. 140

reas bajas que representan los momentos de decadencia, de retirada, de retraimiento en los que el mar-historia arrastra consigo aquello que cae bajo su dominio. Son momentos de destrucción. Madrid aparece así como un puerto de mar en plena planicie:

> Porque Madrid, enclavado en la Meseta, en el páramo, tiene movimientos marítimos; se encrespa como las olas, se desborda y luego se embebe como el mar, que parece incontenible, y se recoge en sí mismo, encogiéndose de hombros; se adentra...hasta que viene otra.
>
> Y los gestos marinos aparecen en los caballos de Velázquez. Y en aquél situado frente al Palacio Real —que hubiera debido de servir de advertencia al Señor que vivía en él— con sus cuatro patas en el aire contra las nubes, sostenido tan sólo por el río de su cola, dicen que gracias al cálculo de Galileo. Y las madrileñas, sobre todo las que aún llevaban mantón, que se engarabitan, se encaracolan, se encrespan para luego desaparecer con los movimientos curvilíneos que tiene siempre el agua. Y el hombre, el indígena madrileño, que derecho y firme gira en redondo cuando algo no le va, y vuelve desdeñosamente su perfil, como el mar retira su ola al llegar a una tierra que no le agrada. Y el ruido de su muchedumbre en los toros, en el teatro, en los cafés, como u trozo de mar encerrado en una gruta, o bramando en el redondel, resonando contra las paredes como el mar en los huecos de los acantilados (...).
>
> Por eso en Madrid se busca el mar en el horizonte, allá desde Rosales y, también, desde la Ronda de Atocha y el Paseo de Trajineros, que tiene tanto de puerto, de muelles (...).
>
> Es su alma, el alma de la ciudad, boca de mar abierta en el centro de la Península, tiene sus mareas y ahora comenzaba la alta; pero los pueblos, como los mares, tienen sus mareas extraordinarias, con las que no se cuenta. A ésta se la sentía ya crecer[19].

Era el momento de hacer real el sueño de España, sin dejar de soñarse. Por ello, Zambrano nos retrotrae a la imagen de Ma-

---

[19] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, págs. 141-142.

drid como una gran nave que comienza a ser virada, a ser cambiada de rumbo:

> ... un viento favorable hinchaba las velas de la nave y los que remaban no habían tenido necesidad siquiera de conocerse para hacerla avanzar[20].

Es hora de partir.

El relato continúa describiendo, de un modo pormenorizado, los sucesivos acontecimientos que tienen lugar durante este corto período de tiempo. Si recordamos, tras la dimisión voluntaria del general Primo de Rivera el 28 de enero de 1930, Alfonso XIII intentó reconducir el régimen monárquico a la senda constitucional y parlamentaria, a pesar de la debilidad de los partidos dinásticos. Para ello, el gobierno de la Corona convocó una ronda de elecciones que debían inyectar una cierta legitimidad democrática en las instituciones monárquicas. El 12 de abril de 1931 se celebró la segunda ronda de las elecciones municipales. Zambrano narra emocionada el ambiente festivo que había en Madrid el día de las elecciones ante los nuevos derechos políticos y ciudadanos recuperados:

> Desde por la mañana había «colas» a la puerta de los colegios electorales con un tal ritmo que los grupos de gentes que venían a formarlas se sucedían sin apresuramiento y sin tregua. Durante toda la mañana se mantuvo siempre el mismo número, como en un relevo ordenado por un invisible estratega. Después de tantos años sin elecciones, era como si se celebrasen por vez primera, como si se tratase del estreno de aquel derecho del voto que tanto debió de conmover a los hombres del siglo XIX. Había solemnidad y alegría. Muchos votaban por primera vez, y nadie había votado nunca en circunstancias semejantes[21].

Nos relata también su implicación personal y la de sus compañeros en dichos comicios, repartiendo en varios colegios elec-

---

[20] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 147.

[21] Ibíd., pág. 221.

torales de la ciudad papeletas electorales a favor de la «Conjunción Republicana Socialista»:

> Grupos de muchachos y de muchachas, los persistentes estudiantes y las juventudes de los partidos políticos repartían candidaturas en las cercanías de todos los colegios. Y había que ir de uno en otro, sin parar. Recorrían las colas ofreciéndolas; las tenían ya casi todos, pero muchos decían: «Sí, ya que usted me la da» y tiraban la que llevaban en la mano. Ella estaba así de puerta en puerta desde la hora en que se abrieron, con su hermana y dos muchachas más. De tiempo en tiempo, se encontraban a algún muchacho universitario o amigo que las acompañaba, echándose un poco al lado porque, decían: «Vosotras tenéis más éxito»[22].

Madrid vive horas de una enorme expectación ante el posible resultado de las elecciones. La gente anda inquieta por el centro de la ciudad a la espera de alguna noticia que pudiera confirmar las esperanzas de triunfo de la coalición Republicana. La autora vuelve a retomar la simbología marina para hablarnos de este Madrid expectante del 12 de abril:

> ... caía ya la tarde cuando a la calle de Alcalá, afluyendo desde todas las direcciones, llegaban mensajeros, amigos, conocidos y otros que gritaban en voz alta las noticias. El teléfono y el telégrafo comenzaron a funcionar en las redacciones de los periódicos, en los centros republicanos, en la Casa del Pueblo, en las casas de cada uno. En las mesas de los cafés se apiñaba la gente alrededor de alguien que, pluma en mano hacía los cálculos sobre el papel; levantaba la vista, «sí, sí, ya está claro». A las doce de la noche un amplio rumor como de mar invadía la calle, Madrid era como un caracol, un inmenso caracol marino que recogía un clamor venido en oleadas rítmicas de toda España. Al cruzar la Puerta del Sol en el clamor se articuló un grito: «¡Viva la República!» de aquella República irrepetible. Un grupo de Guardias de a caballo subía por la calle

---

[22] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 222.

> del Arenal; siguiendo por ella hasta la Plaza de Oriente, vacía y llena de un espeso silencio; a lo lejos, desde las honduras del Manzanares, sonó el grito agudo del canto de un gallo»[23].

Este gallo anunciaba ya la nueva España, la ciudad soñada se trastocaba en la ciudad lograda. El resultado de los comicios era elocuente del triunfo de la República: aunque cuantitativamente se saldaron con una contundente victoria monárquica en las urnas (unos 22.000 concejales monárquicos frente a 5.800 republicanos), cualitativamente el impulso republicano quedó de manifiesto al triunfar en las grandes ciudades, es decir, en los núcleos menos vulnerables a la influencia del caciquismo y a la perversión del sistema electoral de 1907, que impedía la celebración de elecciones cuando no hubiera listas enfrentadas. Así lo entendió la elite monárquica y el propio Alfonso XIII, que constataron la falta de apoyo popular al orden establecido, y renunciando al posible peligro de una guerra civil, abrieron paso a la proclamación de la República. El Rey, ante tales circunstancias, tomó la decisión de abandonar el país, sin haber abdicado formalmente, rumbo a París. Zambrano identifica la figura de Alfonso XIII con la del propio Edipo, pues ambos salen al destierro después de haber resuelto el nudo trágico, al reconocerse como culpables, al asumir la autoría del crimen, en el caso de Edipo y de la decadencia de España, en el caso del Rey. La autora, siguiendo con la simbología marina, nos despide del Rey así:

> El tranvía bajaba desde el Hipódromo bordeando el río de asfalto, a la una de la tarde. Apenas algunas personas caminaban con el paso del que va a cumplir un encargo en silencio; no había grupos en los andenes y los cafés de Recoletos y la calle de Alcalá aparecían desiertos; el asfalto como un espejo reflejaba un cielo claro de primavera; un automóvil negro y brillante se deslizaba lentamente, casi como una góndola por un quieto canal; como una de esas góndolas negras y silenciosas empujadas por un viejo y experto gondolero, cojo

---

[23] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 223.

> como todos, que llegan deslizándose ante la puerta de un Palacio y, deteniéndose, dice con el gesto más que con la voz: «vamos Señor, es hora»[24].

La noticia de la retirada del monarca se extendió por todo Madrid y, resuelto el último obstáculo que aún retenía los ánimos, el pueblo madrileño, como un mar en marea alta, invadió eufórico las calles de la ciudad para proclamar la República. Era la tarde del 14 de abril de 1931. Las instantáneas que quedaron grabadas en la memoria de Zambrano de ese día de primavera son estas:

> ... a las tres de la tarde la ciudad salió de su retiro; ya la calle de Alcalá iba llenándose de gentes que se juntaban en pequeños grupos, iban y volvían, revoloteaban, miraban a un lado y a otro, a ver si alguien llegaba, o si algo hacía su aparición. Y en vez de ir hacia la Puerta del Sol, aquellos grupos, cada vez más numerosos, más cercanos a ser una muchedumbre, bajaban hacia la Plaza de las Cibeles, la Diosa de Madrid, que preside desde su carro; y se la veía más que nunca bañada de aquella luz por momentos más intensa, más brillante, más azul. Otros grupos venían por Recoletos y otros desde el Paseo del Prado, de los muelles de Atocha, y otros descendían por la cuesta de Alcalá. En un instante, una especie de chispa eléctrica sacudió a todo y arrojó a la calle a los que se apiñaban dentro de los cafés (...) Llegaron aún unas oleadas desde la calle Mayor y Arenal, y como el viento en un campo de trigo, se extendió la onda sonora: «Se ha ido, se acaba de ir, ahora, en este momento»... Y en ese momento todas las cabezas se alzaron hacia arriba, hacia el Ministerio de la Gobernación; se abrió el balcón, apareció un hombre, un hombre solo, alto, vestido de oscuro traje ciudadano; sobrio, dueño de sí, izó la bandera de la República que traía en sus brazos y se adelantó un instante para decir unas pocas palabras (...): «¡Viva la República! ¡Viva España!». (...) Eran las seis y veinte de la tarde de un martes 14 de abril de 1931[25].

---

[24] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 228.
[25] Ibíd., págs. 229-231.

La narración finaliza describiendo los acontecimientos acaecidos después de las elecciones de 1936, en las que obtuvo la victoria la coalición de izquierdas, el Frente Popular hasta que se produjo el alzamiento Militar del 18 de julio que dio inicio a la terrible guerra civil entre los defensores de la democracia republicana y aquellos que asumieron los ideales fascistas que estaban prendiendo en Alemania e Italia. El final de la guerra con la derrota del bando republicano marca la destrucción de esa España soñada y lograda por la generación de Zambrano. Ahora Madrid era el escenario de la pérdida y del fracaso, era una ciudad sitiada, tomada por los enemigos de la democracia, y los muertos desperdigados por sus calles adquieren, desde la mirada zambraniana, el rango de mártires, de sacrificados por la historia de España. Recordemos que la autora aplica estos conceptos religiosos en su filosofía de la historia: la historia siempre tiene un carácter sacrificial, actuando como una deidad que reclama sus víctimas. De hecho, Zambrano denominó a su propia generación como la *generación del sacrificio*, la *generación del toro*, que no tuvo reparos en ofrecer, con valentía, su sangre en aras de su sueño, de su ciudad soñada. Son estremecedoras las palabras de Zambrano relatando el recuerdo de esos muertos:

> Los primeros días del «frente de Madrid» consumieron muchas de aquellas vidas, sembrados os quedasteis para siempre en aquellos lugares por donde habíamos pasado en aquellas horas sin peso, a orillas del Manzanares, en la Sierra, en la última de las excursiones rituales, allí quedó aquel muchacho que escuchó mis «clases», aquel que parecía ser el joven ofrendado en sacrificio de cada generación, como en nombre de todos y el escultor del granito del Guadarrama[26], más granado en obra y en años; entre los dos marcan los límites de la generación que sirvió a la esperanza sin ambigüedad,; nunca pronunciaron la palabra «sacrificio» y no la hubieran aceptado para definir su acción[27].

---

[26] La autora se refiere al escultor segoviano Emiliano Barral, íntimo amigo de su padre, Blas Zambrano, de quien hizo un célebre busto.

[27] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, págs. 207-208.

Zambrano se lamenta de no haber intuido en las horas felices del logro de la República el destino terrible que les esperaba; no haber visto el peligro que entraña la utopía, la esperanza que no conoce límites. La Historia como un mar, arrastra, anega vidas:

> ... el triunfo de la esperanza que levantamos a pulso nos anegó. Luego la hora trágica volvió a levantarnos, la esperanza llevó sus víctimas, mas al hundirse en la derrota nos lanzó de nuevo a nuestra escueta vida de supervivientes (...). La «Utopía», nuestra utopía, se nos ha cuidadosamente repartido: a vosotros, lo muertos, os dejaron sin tiempo; a nosotros, los supervivientes, nos dejaron sin lugar[28].

El relato de Zambrano acaba simbólicamente en medio del mar, en medio de las aguas del océano, rumbo a América para dar comienzo a sus más de cuarenta años de exilio. Pero estas aguas ya no son aquellas de la marea alta de la historia, en las que la vida está a flote, sino aquellas aguas del naufragio, cuando se ha perdido la tierra, cuando ya no hay un suelo sólido donde asentar la existencia. Con estas desconsoladas palabras cierra Zambrano su autobiografía:

> Mas ahora no se sentía en ninguna parte, en parte alguna del planeta, como sucede en el centro del océano cuando el alma no siente ninguna señal de la presencia de la tierra, de esa presencia que se acusa antes de hacerse visible, antes de que el vuelo de ningún pájaro la anuncie, por una especie de presentimiento del ser terrestre que somos, por un sentir originario, de las raíces del ser, que sólo en la tierra encuentra su patria, su lugar natural, a pesar de la lucha que ello entraña, o por ello, la tierra.
>
> Y era como sentirse otra vez en vías de nacer a través de aquella agonía inédita. ¡Cuántas había atravesado ya! Vivir era eso: morir de muertes distintas antes de morir de la manera

[28] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 209.

única, total que las resume a todas, agonizar también, pasar entre la vida y la muerte, ser rechazado de la vida de múltiples maneras sin que por eso la muerte abra sus puertas. «Vivir muriendo»[29].

[29] María Zambrano, *Delirio y Destino*, ob. cit, pág. 238-239.